

EL AGUIJÓN

por

Robert W. de Miguel

Clase Barcelona A

FUNDACIÓ AULA

Premis de Reflexió i d'Expressió Humanística 1997
— Conte o Narració Breu —

Me reconozco como una persona madura, más bien hacia la cuesta abajo. Estos cuarenta y tres años han hecho su efecto en mí. Tengo algunas canas que intento disimular dejándome el pelo largo; alguna que otra arruga que va incrustándose en la piel; y esa típica cara seria de los hombres-de-maleta que viajan del avión al congreso y del congreso al avión. No estoy casado, pero tengo la alegría juvenil que proporciona enseñar a jóvenes. Soy profesor de Instituto, de Filosofía. Es un trabajo filosóficamente aburrido. Cada año clasifico mentalmente a mis estudiantes en tipos. Unos son *gamberros* y desmoralizados, que nos les interesa lo mas mínimo la Filosofía, pero que vienen con la esperanza de no tener clase de matemáticas. Otros son *pelotas* que les interesa poco lo que están haciendo pero que intentan hacerme creer que lo encuentran interesante para que les ponga buena nota. Dos o tres se *duermen* de forma descarada. Por suerte cada año siempre hay alguien que siente una curiosidad sincera por la Filosofía. Me reconforta saber que enseñé la clase para ese alguien.

Vivo cerca del parque de El Retiro, en Madrid. Esta mañana me he levantado pronto para ir a Barcelona a participar en el congreso de *Metafilosofía Contemporánea*. La conferencia principal la da uno de los filósofos más importantes de este año 2003, el Dr. Anselm Bolch, a quien tengo unas ganas locas de conocer en persona. Hace un frío espantoso esta mañana. Dirigiéndome hacia Barajas en taxi me sorprende una fina capa de nieve que cubre el campo. Esta noche ha nevado; es la primera nevada del año.

Estoy ya en Barajas. A las nueve de la mañana embarco en el puente aéreo. Me siento en la octava fila del avión al lado de una señora gorda con un vestido de flores marrones. Intenta inmediatamente enrollarse conmigo. Hago como que escucho, aunque aburridísimo, lo que me cuenta. Me explica que es la primera vez que va a Barcelona, y no sé qué de un hijo que no ha visto desde hace años. El que haya personas como estas me hace reflexionar mientras el avión vuela a más de mil quinientos kilómetros por hora. ¿Hacia donde va la sociedad?

Pido uno de esos típicos zumos de naranja de avión que sabe a todo excepto a naranja. Mientras la señora me sigue hablando, pienso en el congreso, en la Filosofía que llevo enseñando casi veinte años... y en nuestra sociedad. Nos volvemos a abrochar los cinturones. Cierro un poco los ojos mientras el avión desciende poco a poco y la diferencia de presión me taponan los oídos. Apenas

percibo lo que me sigue hablando la señora. Por la ventanilla se ve ya el Mediterráneo azulino. Hace un día espléndido, y los rayos de sol reflejan en el mar con un color plateado. Me digo a mí mismo: "Me espera un buen fin de semana en la Ciudad Condal". No es la primera vez que estoy en Barcelona. Tengo una tía lejana, Quimeta, a la que prefiero no decir que he venido. Insistiría en que fuese a verla y no me apetece lo más mínimo. Prefiero pasar unos días tranquilos en Barcelona.

Por fin el avión aterriza en el aeropuerto del Prat de Barcelona. No llevo más que una maletita conmigo dentro del avión: "Total para dos días" me digo a mí mismo. Me apresuro hacia la salida. Desde lejos me despido de la señora del vestido de flores con un movimiento de la mano y una sonrisa en la cara. Está abrazando a un joven que debe ser su hijo. Ya me he olvidado de la cara de la señora. Al girar la cabeza, veo un letrero grande que atrae mi atención, con la siguiente advertencia: "Mañana, día 10 de diciembre de 2003, concierto de las *Spice Girls*". Seguramente es la foto de esas chicas, que estaban de moda hace seis años, lo que me ha llamado realmente la atención. Súbitamente caigo en la cuenta de que me he equivocado de día. Hoy es el 9 de diciembre. ¡He llegado un día antes de que empiece el congreso! El congreso no comienza hasta el día 10. ¿Qué hago yo ahora?

Pensativo salgo por la puerta de *Llegadas*. La gente amontonada espera a familiares y amigos. Me aturde ver tantas personas. A mí no me espera nunca nadie. Entre los niños revoltosos y mujeres del brazo de sus maridos, hay unos señores con carteles blancos que indican que están esperando a un tal *Sr. García*, o quizás al *Sr. Martínez*, o a un enigmático *Sr. González*. En los carteles indican además empresas como *EPCO*, *Merck*, o *Euro Vips SA*. Son señores y empresas que no me dicen nada. Parecen choferes o empleados. Llevan trajes negros y camisas blancas que hacen juego con los carteles. Ellos seguramente esperan a personas que no conocen, que no han visto en todo su vida, por eso muestran los carteles.

No sé qué hacer, seguramente no tengo hoy todavía la cama reservada del Hotel Majestic. No sé ni dónde comer. Movidio por una curiosidad humana, y por la necesidad de hacer algo en vez de quedarme 24 horas esperando, juego con la fantasía de presentarme a uno de esos choferes como el supuesto *Sr. García*. Todos tienen cara de ansiosos por encontrar a la persona que esperan, y seguro que se pondrían contentos de que por fin el Sr. ese llegase. Puede que incluso se haya perdido por el camino. De pronto veo a un hombre que sostiene un cartel con mi propio apellido. El cartel dice: **MCFC: Sr. Fernández**. Me llamo José Fernández,

pero es obvio que no me espera a mí. Es toda una coincidencia. Ni siquiera tengo que mentir; efectivamente *yo soy el Sr. Fernández*.

—Buenos días, soy el Sr. Fernández —le digo a medida que me acerco a él. Sonríe levemente. Casi no puedo aguantarme de reír a causa de lo que estoy haciendo.

—Buenos días señor, le estaba esperando. Le acompañaré hasta el coche que le llevará a su destino. ¿Tiene alguna otra maleta? Sígame por favor.

No me pide ningún papel ni identificación. No duda ni lo más mínimo de que soy el hombre que busca. Me conduce al exterior y me lleva a un mercedes aparcado en uno de los costados del aeropuerto. Me da un poco de vergüenza estar en un mercedes 720, con carrocería azul metalizada, teléfono, e internet. Me parece demasiado lujoso para un profesor de Filosofía. De forma automática me vienen a mi mente las bromas y gamberradas que hacía de pequeño con mis otros compañeros del cole. Me hace gracia estar haciendo este tipo de bromas treinta años después. Siento como un agujonazo en el estómago. Es como si estuviera reviviendo ciertos momentos de mi niñez. Eso me pone contento. Mi juventud fue muy agradable, llena de risas y buenos momentos.

Suavemente el mercedes se dirige hacia la parte norte de Barcelona. Entra en el cinturón, y sube por la Ronda de Dalt, pasamos un submarino que está encima de la autopista, y se dirige a una salida que pone "Museu de la Ciència". El coche sube una rampa, y da la vuelta. Llegamos inmediatamente a un edificio de ladrillo, estilo modernista.

—Es aquí. Ya hemos llegado. Carrer Teodor Roviralta 55 —me dice el chófer al tiempo que frena el mercedes delante de las escaleras del edificio.

—Ah, muchas gracias —digo con una voz hueca, para disimular.

Hemos llegado, claro ¿pero a dónde? Desciendo del coche. Se acerca un señor maduro, vestido de traje oscuro, corbata verde algo chillona, y de aspecto importante. Tiene pinta de extranjero. De joven seguramente fue rubio, pero ahora tiene el pelo casi blanco y empieza a perderlo. Me estrecha la mano efusivamente.

—Buenos días. Soy el director. Me llamo Max Hoffman. Estamos muy contentos de que haya llegado bien. Es un honor contar hoy aquí con su presencia. ¿Ha tenido buen viaje desde Camerún?

—Oh sí, sí, claro. Yo también estoy muy contento de estar aquí. ¿Camerún? Ah sí, Camerún; hacía bastante buen tiempo, aunque aquí en Barcelona hace un invierno estupendo.

Mentalmente repaso mi geografía de segundo de BUP (antes de la reforma claro). ¡Qué desgracia, ya no me acuerdo de nada! ¿Dónde estaba exactamente Camerún? ¿Cuál era la capital? ¿El nombre del aeropuerto? Vagamente recuerdo que está en África. ¿Y si me equivoco? Me pregunta por mi familia. Intento disimular. No hablo demasiado. Es importante no meter la pata. Me sorprende lo fácil que es hacerse pasar por alguien. El señor Hoffman parece simpático. Me lleva dentro del edificio. Es claramente el Museo de la Ciencia.

—Debe usted venir con hambre ¿no? Hemos preparado una comida en su honor.

¡Parece que además voy a conseguir una comida gratis! En el restaurante del propio museo están esperando otras cuatro personas que estrechan mi mano por orden. La señora Laia Soler, una tipa delgadita con cara simpática; Javier Zambrano tiene aspecto de secretario; Andreu Jovell, un tío cachondo, parece un explorador de la selva; y Carolina Fuster que debe ser la esposa de uno de los otros tres. Junto con el director Sr. Hoffman somos seis para comer. Nos sentamos en una mesa bastante grande. Empezamos a hablar sobre un tema banal: las abejas en invierno. Siempre me pregunté donde estarían las abejas en invierno que no se las ve. Mi conocimiento de abejas es muy limitado. Contesto con sonrisas, con la cabeza, o algún "sí" tentativo.

—¿Qué tal su investigación sobre la actividad sexual de las abejas? Según tengo entendido su trabajo sobre las abejas negras del Camerún es fascinante ¿No es cierto? ¿Es peligroso? —me pregunta el Sr. Jovell.

—Eeeeh, pues sí. La investigación está en proceso, aunque todavía no se sabe nada seguro. Los datos que hemos obtenido son secretos científicos que no puedo revelar en este momento.

Respondo cualquier cosa para zanjar rápidamente la conversación sobre las abejas. ¿Por qué le interesa a este tío tanto las abejas? Siguen haciéndome preguntas, pero disimulo haciéndoles creer que no les he oído. Mastico. Aseguro que todavía no se sabe nada cierto pero que se está investigando. Ya he conseguido mi objetivo que era comer en algún sitio. Estoy satisfecho. La comida es muy buena. De primer plato sirven calamares a la plancha con ajo y perejil; de segundo, pato asado con higos; de postre, la tradicional crema catalana. Todo ello con excelente vino del Penedés. Está buenísimo, el servicio excelente, la conversación un poco paranoica, sobre todo cuando se obsesionan con la abeja negra del Camerún.

Después del café me llevan a una sala donde me hacen fotos para no sé qué periódico. No pongo mucha atención. Sólo sonrío tímidamente. Luego insisten en enseñarme el museo por dentro, como si fuese un escolar. Todo parece interesante y divertido. Me tratan muy bien. Al terminar la visita del museo de repente el Director me hace una pregunta directa:

—¿Necesita un proyector para su conferencia?

Al decirme eso me quedo parado, y me coge un shock mental. Sólo pensar que tengo que dar una conferencia me pone enfermo. Ni siquiera sé de qué tema tengo que hablar. El director sigue explicándome cosas a pesar de que yo no le escucho. Se refiere a *Els Vespres del Museu*, a las ocho de la tarde. Miro al reloj, son casi ya las ocho. Me conducen a través de los pasillos hasta una sala de conferencias. Me introducen dentro de un auditorio, y cierran las puertas. Miro al público: todos sentados en sus sillas. Se oye alguna tos.

Estoy acorralado. Me siento como en la película de Gary Cooper, *Solo ante el peligro*. Doscientas personas me miran con ojos expectantes, como si yo fuera Einstein. Me dirijo hacia el centro del auditorio, hay una mesa y un micrófono. Camino como si estuviera borracho. A través de mis ojos nublados leo el título escrito en un gran cartel, con el emblema del MCFC: **"Estrategias sexuales y reproductoras de las abejas" por el Dr. Arsenio Fernández, premio Nobel de Biología**. Yo no sé nada de abejas; menos de su vida sexual. Me quedo aturrido. El sudor cae a gotas de mi frente. El público se impacienta. Me doy cuenta de que quieren que empiece a hablarles sobre el sexo de las abejas. Miro a mi alrededor.

Recuerdo entonces la escena de los tres hermanos Marx disfrazados de científicos rusos y barbudos. Tienen que dar una conferencia frente a un gran público, sin ni la más remota idea de qué decir. Tampoco saben ruso. Nunca pensé que me pudiera pasar a mí. Disimulo tosiendo. Aprovecho y solicito un vaso de agua. Mientras llega pido salir un segundo al lavabo antes de empezar. En la puerta agarro mi maletita de viaje, y salgo del Museo corriendo.

Paso la puerta de cristal, desciendo las escalinatas, y corro cuesta abajo. Menos mal que es todo bajada. Paso por diferentes calles. A medida que corro leo los nombres de las calles intentando situarme: Teodor Roviralta, García Mariño, Avinguda del Tibidabo. Corro la más rápido que puedo. Tras unos minutos llego a una calle principal más animada y llena de peatones: Passeig de Sant Gervasi con Balmes, y sin pensarlo dos veces entro en un taxi.

—Al Hotel Majestic, por favor —le digo al taxista casi desfallecido.

El corazón me late a toda velocidad. Según se aleja el taxi del Museo me tranquilizo un poco. Noto como mi corazón va descendiendo sus pulsaciones, me relajo, a pesar de que todavía estoy nervioso. El taxi baja por Balmes. Atraviesa la Diagonal llena de farolas que brillan ya en la noche de diciembre. Giramos por una calle cuyo cartel dice: Carrer Mallorca. El taxi atraviesa dos calles más y llegamos a una muy importante. Es el Passeig de Gràcia, sin duda.

En el Hotel Majestic me dan una habitación. No he cenado, pero no me importa. Duermo de un tirón. Sueño con el Sr. Hoffman que me persigue en un jeep, por la selva. Un enjambre de abejas negras me van a picar. Ya casi siento su aguijón en mi cuerpo. ¡Qué angustia! Me despierta el zumbido del despertador del hotel. Bajo a desayunar. Son las 9 de la mañana. Ha pasado un día justo desde que salí de Barajas. Con el café con leche me dan un ejemplar de *La Vanguardia*. Me quedo sorprendido por una noticia que dice así:

"El famosísimo profesor Arsenio Fernández, premio Nobel de Biología, no pudo dar la conferencia sobre *Estrategias sexuales y reproductoras de las abejas* en Els Vespres del Museu porque ayer se puso repentinamente enfermo. El Museu de la Ciència pide disculpas." En la fotografía aparezco yo, con cara de asustado, con los ya inolvidables señor Zambrano y señora Fuster con sonrisas de conejo. En la otra foto, más pequeña, de nuevo yo mismo, con el director del MCFC el Sr. Hoffman.

En la página final de *La Vanguardia* leo lo siguiente: "Ayer un loco se enfrentó a un guardia civil en el aeropuerto del Prat de Barcelona. Se hacía pasar por un premio Nobel de Biología. Llevaba una maleta llena de abejas que atacaron al personal del aeropuerto. En este momento el loco continúa anestesiado, y en observación, en el Hospital de Bellvitge. Las tres azafatas atacadas por las abejas están ya fuera de peligro."

Nunca nadie creerá mi historia. Cierro los ojos y me imagino ya en mi apartamento del Barrio de Salamanca, en Madrid, sano y salvo, libre de toda sospecha.

La camarera del Hotel Majestic me pregunta por segunda vez si deseo *miel* o *mermelada* con las tostadas del desayuno.

—Mermelada de fresa, por favor. La miel me produce alergia. Muchas gracias.
